

Soberano y confidente estaban en su sitio, uno frente á otro, las flechas en las ballestas y puesto el dedo en el fiador, cuando de repente, un gran ciervo, acosado por los perros y los batidores, pasó entre el Soberano y Tirel.

Guillermo *el Rojo* disparó; pero, habiéndose roto la cuerda de la ballesta, no salió la flecha. Asustado por el ruido, el ciervo paróse, mirando á todos lados. El Rey hizo una señal á Tirel para que disparase á su vez; pero, sea que no viese al ciervo, ó porque no oyesse la señal, no disparó.

Entonces Guillermo, lleno de febril impaciencia, gritó:

—¡Tira, Gualtero! ¡tira en nombre de mil diablos! Tras semejantes voces, una flecha, ya sea disparada por Tirel, ó bien salida de otro arco, se clavó en el pecho de Guillermo *el Rojo*, que cayó al suelo sin exhalar un lamento y espirando en seguida.

Gualtero corrió hacia el Monarca; pero, hallándole cadáver, volvió á montar á caballo, galopó hacia la costa, pasó á Normandía, y desde allí se dirigió á Francia.

Los sajones, que no querían someterse á las durísimas leyes que prohibían el ejercicio de la caza, se dirigían hacia lo más recóndito del bosque, y allí se entregaban á su placer á la caza.

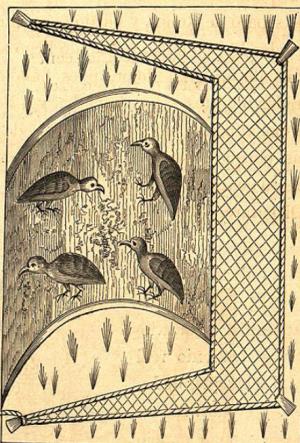
Las tradiciones y cantos populares de la antigua Inglaterra pregonan á porfía las aficiones venatorias, el amor á la vida errante, vagabunda, en el seno de frondosos bosques.

En las canciones inglesas se trata menos de política que de litigios domésticos, de guerras, de amor, y más aún de la caza; la cual, siendo pasión de los sajones, y habiéndola reservado Guillermo *el Conquistador* á los barones, unía al atractivo de tal ejercicio el estímulo de la prohibición. Así, pues, los que no querían someterse á la dura ley del *Conquistador*, huían al bosque, y desde allí desafiaban las prohibiciones y las leyes. Su tipo fué Robin Hood, esto es, *Roberto de los bosques*, que con una banda vivía en las selvas de Sherwood; y de las baladas á él alusivas pertenecientes á varias épocas y cazas, aun á los amantes de las selvas y de la caza, se compuso un tomo entero. La siguiente es una de ellas.

«Cuando el bosque está brillante, hermosa la yerba, y anchas y largas las hojas, es grato pasear por la espesura, y oír los gorjeos de los pajarillos.

El mirlo cantaba sobre una rama, con tal fuerza, que despertó á Robin Hood, en el bosque donde estaba echado.

—A fe mía,—dijo el noble Robin,—esta noche he tenido un sueño. Soñé que dos robustos lugareños debían combatir conmigo cuerpo á cuerpo. Me pareció que me vencían, me ataban y me quitaban



Artificio para cazar perdices (de un manuscrito del siglo XIV)

mi arco. Como me llamo Robin Hood, no dejaré este mundo sin haberme vengado.

—Los vientos son ligeros—observó Guiannino;—amo el viento que sopla en la colina. Si el viento sopló esta noche más fuerte que nunca, mañana puede estar en calma.

—¡Arriba, pronto, mis valientes! Guiannino me acompañará. Voy allá abajo á buscar á esos bravos lugareños en la verde selva donde están.

Dicho y hecho: vistieron sus ropas verdes, tomó cada uno su



arco, y se adelantaron para cazar en la selva, hasta llegar á un matorral donde, por lo común, les era grato detenerse.

Allí vieron un robusto lugareño apoyado contra un árbol. Llevaba al costado una espada y una daga que habían muerto muchas personas, y estaba envuelto en un manto que le cubría la cabeza.

—Permaneced aquí, amo,—dijo Guiannino,—á la sombra de un árbol, mientras yo voy á preguntar á ese membrudo lugareño qué se le ofrece.

—¡Ah, Guiannino! Me has faltado al respeto, y lo extraño. ¿Cuándo he enviado yo delante á los míos, quedándome atrás? Si no fuese por el miedo de romper mi arco, ¡oh Guiannino! te rompería la cabeza.

Estas palabras excitaron la cólera de Guiannino, el cual se separó de Robin y partió para Barnesdale. Conocía todos los senderos, y cuando llegó á Barnesdale experimentó un gran dolor, pues halló á dos de sus camaradas muertos sobre la yerba, y á Scarletto, que huía á pie al través de despeñaderos, de árboles, de piedras, porque el terrible *sherif* le iba á los alcances con ciento cuarenta hombres.

—Dispararé,—dijo Guiannino;—y con la ayuda de

Cristo haré que ese *sherif*, que corre tan aprisa, se detenga.

Y Guiannino tendió el arco, preparándole, á fin de tirar; pero el arco era de madera frágil, y cayó roto á sus pies.

—¡Mal hayas, oh maldita madera! ¡la más maldita que ha nacido del árbol! Eres mi ruina, hoy que debías ser mi socorro.

La flecha partió sin fuerza, pero no inútilmente, pues alcanzó á uno del séquito del *sherif*, y Guillermo Trent cesó de vivir.

Mejor hubiera estado á Guillermo Trent descansar en un lecho muy duro que yacer aquel día en la verde



Caza de aves con reclamo (siglo XIV)

alfombra del bosque para servir de blanco á la flecha de Guiannino.

Pero, como suele decirse, cuando los hombres vienen á las manos, cinco valen más que tres. El *sherif* no tardó en apoderarse de Guiannino, y le ató á un árbol.

—Serás arrastrado por la llanura y ahogado en la colina.

Guiannino respondió:

—Puede que te equivoques, si Cristo lo permite.

No hablemos más de Guiannino, y pensemos en Robin Hood. Dirigióse al robusto lugareño que estaba á la sombra del matorral.

—Buenos días, amigo,—dijo Robin.

—Buenos días, amigo,—respondió el lugareño. Por ese arco que llevas en la mano, se me figura que eres un buen arquero. He perdido el camino y la mañana.

—Yo te guiaré al través de los bosques, buen camarada,—dijo Robin.

—Busco á un bandido,—observó el otro,—que se

llama Robin Hood; preferiría cogerle á un regalo de cuarenta libras esterlinas.

—Ven conmigo, vigoroso noble, y verás pronto á Robin. Pero antes divirtámonos bajo estos verdes árboles; hagamos en el bosque algún ensayo de nuestra habilidad. Tenemos probabilidad de encontrar aquí á Robin dentro de un instante.

—Cortaron dos ramas de zarza que sobresalían en un matorral, y las entretejieron para que sirviese de blanco á sus flechas.

—Principia tú, camarada,—dijo Robin.

—No por cierto, amigo mío,—respondió el otro;—tú serás mi guía.

Robin tiró primeramente, y su flecha quedó clavada en un dedo apenas distante del hito. El hombre era buen arquero, mas no pudo hacer otro tanto. Al segundo tiro, dió en la guirnalda; pero Robin le aventajó, pues traspasó la rama de enmedio.

—Bendito seas, amigo,—dijo el lugareño.—Si tu

fuerza hubiese sido tan buena como tu mano, valdrías más que Robin Hood. Dime ahora tu nombre bajo las hojas del bosque.

—No á fe,—contestó Robin,— hasta que no me hayas dicho el tuyo.

—Habitó en el valle, y he jurado prender á Robin; y cuando me llaman por mi nombre me dicen Guido de Gisborn.

—Pues yo vivo en el bosque,—añadió Robin,—y me llamo Robin Hood de Barnesdale, el cazador, el mismo á quien has buscado tanto tiempo.

Cualquiera que no hubiese sido pariente ni amigo de ninguno de los dos, habría gozado en verlos encontrarse con las centelleantes espadas y en contemplar cómo combatieron dos horas de un día de verano, etcétera, etc.

Al fin, el lugareño fué muerto, y el bandido salió del bosque, llevándose la cabeza de Guido de Gisborn. Por último, mató al *sherif* y libertó á Guiannino de la horca.

Es, en suma, el triunfo de la fuerza sobre la ley; del contrabandista contra los dependientes de justicia.

Robin Hood y Guiannino llegaron á una pendiente vestida de maleza.

—Muchas cargas de dardos hemos lanzado,—dijo Robin;—pero ya no me siento capaz de lanzar uno solo. Mis flechas no volarán más. Una prima mía habita al pie de esta altura. ¡Quiera Dios que consienta en sacarme sangre!

Robin bajó al monasterio de Kirkley lo más aprisa que pudo; pero, antes de llegar, le acometió un vivo dolor. Cuando estuvo junto al rico monasterio, cogió el aldabón de la puerta y llamó con fuerza: la prima de Robin se apresuró á introducirle.

—¿Queréis sentaros, primo Robin? ¿Queréis beber conmigo de nuestra cerveza?

—No; no comeré ni beberé hasta que no me hayas sangrado.

—Bebed. Tengo un cuarto que no conocéis. Venid, y os sangraré en él.

Le condujo con su blanca mano, haciéndole entrar en una estancia oculta, y allí sangró al valiente Robin, abriéndole la vena del brazo. Luego cerró la puerta, y la sangre estuvo saliendo todo el día, y continuó así hasta la mañana siguiente.

Robin vió entonces una ventana, por la cual se figuró poder huir; pero estaba demasiado débil para saltar ó para bajar. Se acordó entonces de su trompa de caza, que estaba á sus pies, y, llevándola á sus labios pálidos, sopló en ella tres veces débilmente.

Guiannino, que estaba sentado bajo un árbol, la oyó.

—Me temo,—dijo,—que mi amo esté en peligro de muerte. ¡Tanta es la languidez de ese sonido!

Y al momento corrió al monasterio de Kirkley, rompió dos ó tres cerraduras, echó abajo la puerta, llegó junto á Robin y cayó á sus rodillas.

—¡Oh, amo mío!—exclamó;—te pido una gracia.

—¿Qué gracia es esa, Guiannino?

—La gracia de pegar fuego al monasterio de Kirkley con todas sus monjas.

—No, no,—respondió el valeroso Robin;—no te concederé esa petición. Mientras he vivido, jamás he ata-



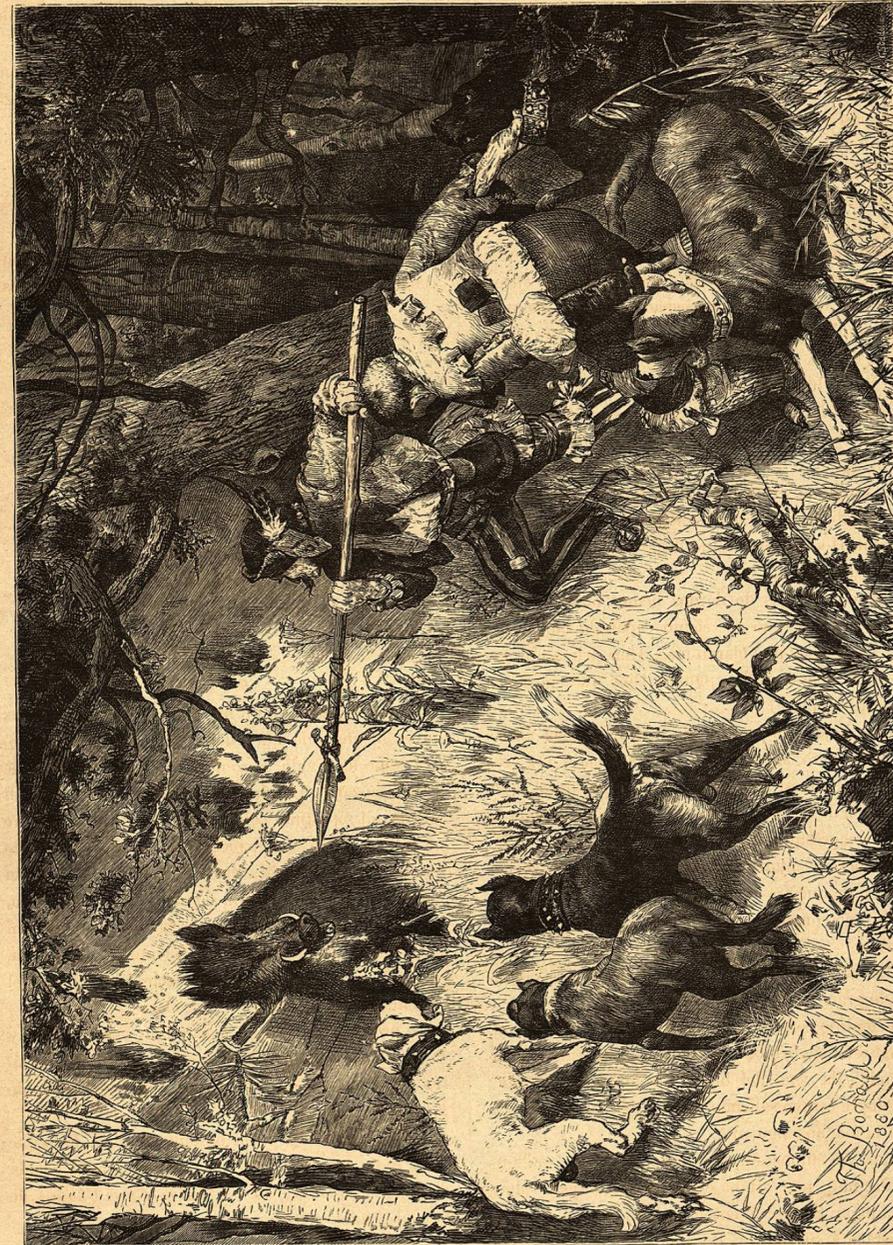
Halconeros (siglo XIV)

cado una mujer, ni á un hombre que la acompañase; nunca he ofendido á una doncella; y Robin Hood morirá como ha vivido. Pero dame mi arco tendido, que quiero lanzar una flecha. Donde caiga esta flecha, allí abrirás mi sepultura: colocarás un césped verde sobre mi cabeza y otro á mis pies. Á mi lado pon mi arco tendido: el arco de caza cuyo silbido fué para mí la más grata armonía. Haz mi sepulcro de tierra y yerba, á fin de que este monumento sea tan sencillo como mi vida. Y que tenga el tamaño suficiente para que el caminante se pueda sentar en él y decir: «Aquí reposa el valiente Robin Hood, célebre cazador.»

Le prometieron que se ejecutarían sus órdenes, y Robin murió contento. El héroe fué sepultado en el sitio que había elegido, junto al hermoso castillo de Kirkley.»

Johnson, crítico y poeta bastante clásico, decía que daría todas sus obras por haber compuesto la balada de *La caza de los bosques de Cheviot (Chevi-Chasse)*, de la cual citamos sólo una pequeña parte:

«Dios conceda larga posteridad á nuestro Rey, y vele sobre su vida y nuestra salud.



Caza del jabalí, por Koolhaas